

ta nuevo no vé ya á Dios frente á frente, ni en la zarza ardiendo, ni en el humo del holocausto, como los enviados de la antigua ley. Una voz interior le despierta en el silencio de la noche, y él la repite al pueblo; frecuentemente es sólo una palabra; ¡Habla! ¡Diles! ¡Adviérteles! ¡Preguntas! Tal es, en general, el preámbulo de la Revelación.

Cuando se considera que en tiempo de Mahoma el Asia occidental, ya trabajada por el cristianismo, desechaba por sí misma sus antiguas creencias, que el sentimiento de la unidad de Dios volvía á entrar por todas partes en el mundo, que era este el grito de todas las cosas, no parece ciertamente imposible que Mahoma, asediado, oprimido mas que nadie por este instinto, creyera sinceramente ser el eco de la palabra inarticulada que constituía el fondo de los acontecimientos y de toda la historia contemporánea. No es mas que un poeta, decían las tribus incrédulas, y no se engañaban; pero la poesía era entónces la verdad misma. No inventaba caprichosamente sus rapsodias sagradas como Homero, era mas bien de la familia de esos rápsodas orientales, indios, como Valmiki por ejemplo, que escribían sus epopeyas bajo el dictado inmediato de Dios. Mas tarde, la política se mezcló evidentemente á su mision. Mas, que haya habido un momento en que la inspiracion poética y la revelacion de lo alto se hayan confundido sinceramente en su espíritu, he

aquí una cosa de la que no puedo dudar. Un poema, una epopeya interior, interpretada literalmente al principio por el mismo autor y que se convierte por esta causa en un culto, en una religion, tal es en su origen el espíritu del islamismo.

Necesita el hombre un instante de verdad, una palanca real hasta para trasladar un grano de arena. ¡Qué no será para remover un mundo!

El destino de la raza árabe, esas victorias de la fé, esos milagros de la espada, esas conquistas instantáneas, esos cinco ó seis siglos de grandeza, ese mundo espléndido que se extiende de la Pérsia á la Arabia, á España, todo esto vivió un momento en gérmen en el corazon del profeta. La historia del Oriente moderno con todas sus vicisitudes, no es sino la gran alma del profeta, desplegada como una bandera de siglo en siglo.

Voltaire en su tragedia no vió más que al político, lo que es comenzar el drama por donde realmente concluye. Faltaría una tragedia más séria que escribir si se mostrase á Mahoma en el momento supremo de la inspiracion, vacilante entre la poesía y la fé, víctima de su propio pensamiento que no conoce aún, ignorando si la voz que oye en el desierto es la suya ó el eco del Dios de Moisés en las rocas del Sinaí, si es el grito de un hombre ó el grito del Eterno, si, en una palabra, es un profeta ó nada más que un poeta. Drama terrible del que la historia no ha conser-

vado rastro alguno. Quizás esa lucha llenó los cuarenta primeros años oscuros de la vida de Mahoma. Tan pronto como comienza su vida pública, la tragedia se interrumpe. Sea que empuñe el combate como una oración, sea que predique en la cátedra de la Meca, no se ve en él la huella de ninguno de los combates interiores que quebrantan hasta el último día al profeta del Norte, á Lutero. Ni un segundo de contradicción, de desfallecimiento, de incertidumbre. La poesía es ya verdad, acción. No tolerando la discusión á los demás, empieza por vedársela á sí mismo.

Bajo el solo punto de vista político, es fácil de marcar la diferencia entre el cristianismo de la edad-media y el islamismo. El primero aplaza sus promesas para despues de la muerte; el segundo quiere encarnar sus doctrinas sin perder momento en la constitucion de la sociedad civil y temporal. Mirad un instante el Oriente moderno despues de Mahoma. Tan pronto como la unidad de Dios ha sucedido á las castas de Dioses desiguales que formaban el ideal social del Asia antigua, tan pronto como la revolución religiosa se ha consumado en el dogma, ¡qué cambio no apercibís en la tierra! A donde quiera que el islamismo se extiende, desaparecen las castas; queda abolida esta institucion de derecho indígena, indestructible en el Asia. El ideal y su realizacion, sucesos separados en Occidente por diez y ocho siglos, periodos señalados entre nos-

otros por el cristianismo y la revolucion francesa, coexisten en Oriente.

Mahoma es á la vez la cabeza y el brazo, el Cristo y el Napoleon del Oriente moderno; establece el nuevo dogma religioso, y lo realiza incontinenti en el mundo social.

Ved, en el siglo sexto, desde Pérsia hasta las fronteras de España, esas enormes desigualdades sociales, restos de un pasado ignominioso; esas naciones sentadas unas encima de otras como otras tantas cariátides; esas distinciones inmemoriales de labradores, de artesanos, de soldados; esas clasificaciones desesperantes en que la desgracia engendra eternamente la desgracia; ese edificio de servidumbre en que sólo el sacerdote está emancipado; todo desaparece en una jornada ante la cimitarra del Dios nivelador. Mientras que en Occidente las desigualdades pesan sobre toda la Edad-media, en Oriente el ejército de los creyentes forma una sociedad de hermanos. El ejército es el pueblo; todo soldado es sacerdote del Dios de las batallas.

No trateis ya de averiguar porqué fueron tan rápidas las conquistas del islamismo. ¿Quién hubiera querido ó podido resistir á la autoridad del dogma nuevo y á la aplicacion inmediata que de él se hacia? Consecuente consigo mismo, el islamismo conmenzaba por ofrecer la igualdad de los derechos sociales á los pueblos convertidos. Como el Dios de la unidad es el Dios de la igualdad, ofrecia á toda la tierra entrar sin combate,

sin discusion, en la comunion de la espada. Nunca se habia visto un ideal que se realizara tan pronto. La manumision civil seguia en el acto á la manumision voluntaria de la idolatria; el soldado-sacerdote llevaba consigo á la par que un nuevo libro, un nuevo derecho social.

Es innegable que no puede comprenderse el Oriente moderno si no se tiene en cuenta esa supresion del tiempo, esa simultaneidad fulminante de la idea y del hecho, esa identidad de la religion y la política, ese relámpago que ilumina á la vez el cielo y la tierra, la Iglesia y el Estado. Los viajeros se asombran de la indiferencia apática de los orientales acerca de las cosas que nos atañen; he podido observar por mí mismo en circunstancias graves cuán poco les preocupa el rumor de nuestros asuntos. Pero recordad que el Oriente ha reunido en un momento lo que nosotros hemos esparcido á través de los siglos, que ha vivido en un dia la vida de mil años, que ha tenido á la vez su Mesías y su contrato social, la predicacion de los Apóstoles y su Revolucion del 89, su concilio de Nicea y su batalla de Arcole, su Iglesia primitiva y su Asamblea constituyente. Los hombres que se han visto sorprendidos al mismo tiempo por esta doble revelacion, en lo espiritual y en lo temporal, y como acosados de todas partes por esta intervencion de Allah en la Iglesia y en el Estado, tienen algun derecho á sentir escasa curiosidad por nuestras agitaciones ordinarias; viendo en su pasado un momen-

to único en la tierra, desdeñan todo lo demás.

No advertimos que observan con mucha razon que en nuestro Occidente la Iglesia dice una cosa y el Estado otra; pero creed que sólo en esto debemos buscar la causa principal de nuestra impotencia para asociarlos á nosotros. Esa division les parece una inferioridad de nuestra raza; es el flaco del mundo cristiano. Los mahometanos han alcanzado ántes que nosotros la unidad religiosa y social; les ofrecemos descender de ella para entrar en la contradiccion. ¿Cómo aceptarían el cambio? Es imposible.

Esta simple idea nos permite mostrar con una sólo palabra la única cuestion del islamismo aun no planteada. Les atacamos con nuestros misioneros. ¡Esfuerzo completamente inútil! Los orientales saben como nosotros que tenemos doctrinas, teorías, ideas, un Evangelio. Lo que preguntan es la razon de que no hagamos nada con tan bellas teorías. En tanto que nos contentemos con enseñarles un libro, no volverán siquiera la cabeza de nuestro lado; comenzarán tan sólo á conmovirse si alguna vez saben que ese ideal, ese libro se ha realizado en la vida, en la Constitucion de un pueblo, y que el Coran del Occidente se aplica como el del Oriente; porque entónces habrán perdido realmente la ventaja que creen tener sobre nosotros. ¿Es la mision de un oscuro predicador reconciliar el mahometismo con la gran sociedad cristiana? No; necesitase el milagro de un pueblo,

de una sociedad que muestre la armonía del ideal religioso y del derecho social, de la Iglesia y del Estado en un espíritu superior al del Corán.

El islamismo realizó antes que nadie el principio de la igualdad. Réstanos ver lo que hizo de la institución de la propiedad. ¿Qué resultará si se conquista el mundo á fin de tornarlo á su dueño legítimo? Que la tierra ocupada por la victoria pertenecerá á Dios; que el hombre sólo tendrá el uso y usufructo de la misma. El mahometismo no retrocede ánte esta consecuencia; y si penetrais en el fondo del derecho oriental, sin dejaros engañar por las apariencias y las usurpaciones, hallareis el hecho extraordinario que empieza á descubrirse y que cada día se pone más en claro (1), de que las tierras conquistadas por los musulmanes no han sido, en su origen, divididas ni sorteadas como entre los francos y los bárbaros de Occidente. Han sido la propiedad inalienable, de quién? De Allah, del Vivo, del Eterno.

¡Qué luz no arroja este hecho sobre la historia y la condición de las personas en el Oriente moderno! No encontráis aquí realmente grandes propietarios; los que se adornan con este título que no se les podía otorgar, puesto que á

(1) *De la organización territorial de los países musulmanes*, por el Doctor Worms.—*Revista de Legislación y Jurisprudencia*, Tom. V.

nadie pertenecía el hacerlo, son únicamente depositarios, detentadores de las tierras del Eterno. Por esto me explico una cosa verdaderamente incomprensible de otra manera, cual es la movilidad extraordinaria, la incertidumbre de la propiedad en la sociedad mahometana; el visir, el delegado de Dios, priva á cualquiera de la propiedad cuando le agrada, de rico lo convierte en pobre; estos caprichos, no de la fortuna, sino del Jefe del gobierno, constituyen, por decirlo así, el fondo de las instituciones.

El pachá de Egipto acaba de desposeer á sus súbditos; es una arbitrariedad, direis, una confiscación. Conformes; pero cuando una arbitrariedad dura mil años sin oposición, descansa en un fundamento inquebrantable. Acabáis de ver cual es este fundamento; perteneciendo la tierra á Dios, al hombre solo le corresponde el usufructo, sin el derecho de trasmisión. El Califa que le despoja de su dominio, no hace sino tornar á Allah lo que no ha dejado de ser de Allah.

Apesar de esta lógica rigurosa, hay dos puntos en que el islamismo ha cedido ánte la tradición del antiguo Oriente. La muger y el esclavo fueron un grave entorpecimiento para Mahoma; y no es que no cambiara profundamente la constitución de la familia patriarcal; tanto la alteró que, por decirlo así, la destruyó. Como yá no hay en la tierra pueblos elegidos, no hay en el Estado familias privilegiadas. En la sucesión,

(1) nada de derecho de primogenitura, la igualdad entre todos los miembros, el principio de nuestro Código Civil, aplicado en todo su rigor desde el siglo VII. Todas las razas humanas se pierden en el gran pueblo de Allah; todas las familias en la gran familia musulmana.

¿Cuál es la condicion de las mugeres en medio de esta revolucion? Mahoma comienza por desheredarlas en el dogma; Allah no tiene padres, hijos, familia alguna; por vez primera, huérfanas las mugeres, carecen de madres en el cielo. No hay en el cielo del islamismo ninguna virgen, ninguna *madona* que les sirva á la vez de proteccion y de ideal. Nada más extraño que la violencia con que Mahoma rechaza la imágen de los ángeles con rasgos de muger; evidentemente quiere extirpar la idea del sexo en su teodicea. Despues de pensar mucho en ello, me persuado de que esa inflexibilidad del reformador obedeció á una idea preconcebida; procede de la naturaleza misma de la idolatría que tenía que combatir. No olvidéis que realizaba su revolucion religiosa en el lugar, en la raza humana en que la naturaleza habia sido casi siempre divinizada bajo la forma de muger. ¿No vivia entre los vestigios por todas partes renacientes de la gran Diosa Astarté, Alilah, que embriagaba la tierra desde Babilonia hasta Fenicia? ¿No era allí don-

(1) Ganz, *Erbrecht*, Tom. II, pág. 175.

de un rey judio habia casado á Jehovah con Astarté? Para impedir esta alianza impia extirpando en su raiz el principio siempre renaciente de la idolatría indígena, Mahoma rechaza obstinadamente en la constitucion de su Dios todo rasgo femenino.

En los lugares mismos en que con Semíramis, Artemisa, Cleópatra, Athalia, Zenobia habian reinado las mugeres tantas veces Mahoma las destrona en el dogma, siendo tambien destronadas en el Estado; les priva á la vez de su derecho de soberanía en el cielo y en la tierra.

En cuanto al esclavo, procede de otro modo. No cohibida por el sistema, la ley de Mahoma recobra su equidad natural. El esclavo no es yá la cosa sin nombre que constituia la comunidad antigua. Con tal de que sea creyente, entra en las sociedad, tiene participacion en todo, en la familia, en el Estado, en el Gobierno mismo. Tal era esclavo ayer que hoy es general, emir, bey, sultan. En estas rápidas trasformaciones descansa en parte la poesia de las *Mil y una noches*. Y si quereis una prueba más elocuente que lo dicho, recordad de que modo estuvo gobernado el Egipto desde la Edad-media hasta la expedicion de Napoleon. Por nutridos que esteis del espíritu de igualdad, no imaginareis nada parecido. El Egipto estaba gobernado por los Mamelucos, es decir, por esclavos comprados en los mercados de Circasia. Nadie entraba en esa clase privilegiada sin haber pasado por la dignidad de la esclavitud. Era

esta su título de nobleza. Así había en el mundo un gobierno regularmente instituido en el cual el mando pertenecía á una dinastía de esclavos, y ese gobierno duró siglos.

¿Imagináis nada mas radicalmente contrario al antiguo Oriente y al principio de las castas? El Dios del islamismo no ha emancipado al esclavo; lo ha conservado, lo ha adoptado, lo ha desposado, y ha concluido por coronarlo.

Tan simple como su doctrina, la mision de Mahoma es cerrar para siempre al Asia la vuelta al culto de la naturaleza. Coloca la cimitarra entre el antiguo Oriente y el Oriente moderno; nadie regresará vivo al pasado: tal es su primera ley. El cristianismo, apartándose de su sencillez primitiva, se habia convertido en una doctrina muy compleja para no desnaturalizarse en el espíritu de los Orientales. Así, del siglo quinto al sexto, el Asia torturando constantemente la significacion de la mayor parte de los símbolos católicos, los interpreta en el sentido de su paganismo indígena. El Oriente bautizado amenaza retroceder casi en el acto á su antiguo sistema, al cual tan solo da un nombre nuevo. Mahoma ve el peligro, y liberta para siempre al mundo de ese panteísmo materialista que renacia en todas partes bajo la forma de las herejías del cristianismo asiático.

Obra como un hombre que, amenazado por el incendio en medio del templo, derriba apresuradamente los muros, los perístilos, á fin de salvar

al ménos el santuario. Corta por lo vivo en la tradicion universal; arroja á manos llenas las creencias para conservar una sola; encarnízase en las demás con una especie de furor, y el punto fundamental que salva está tan bien elejido que nadie podrá disputárselo en adelante. Despues de esta obra terrible, lanza al Asia desconcertada, fuera de su temperamento, de su historia, en un camino opuesto al que habia seguido hasta allí. Trasplantada, por decirlo así, busca en vano el antiguo sendero. El profeta la ha arrancado á sus fundamentos; conduciéndola de nuevo al desierto, la ha como extraviado en el amplio seno de Allah. Pertenécele ciegamente en adelante; despues de haber borrado en ella la memoria del pasado, solo él puede guiarla, y (olvidaba este detalle) su reforma es tan radical desde el principio que, en cierto modo, hace imposible toda modificacion; el Moisés árabe es tambien su Mesías.

Aplicad estas ideas á la política, y vereis surgir inmediatamente de ellas la inmutabilidad de la sociedad musulmana. Ordinariamente se busca la causa de esta invariabilidad en la doctrina de la fatalidad y de la resignacion, como si la fatalidad hubiera privado á los griegos antiguos de la facultad de obrar; como si este principio, en el período de su mayor fuerza, hubiera impedido á los árabes correr de un extremo á otro de la tierra; como, finalmente, si la resignacion á la voluntad divina no fuera tambien en parte

dogma del Cristianismo. La verdad es que la fuerza del Islam está encerrada por completo en su primera época; lanzada fuera del tiempo, no tardó en agotarse, porque no se renovó por la tradición.

Comparad el mahometismo á las demás religiones. Viven estas en el tiempo, se desenvuelven con los años, se trasforman y engrandeciéndose siempre, engrandecen á la par á la sociedad. La más inmóvil en apariencia, la ley de Moisés, ¿no fué también sellada por su autor que no se desenvolviera de siglo en siglo, como una esperanza, como una herencia aumentada por los levitas y los profetas, y este movimiento interior del alma religiosa se comunicaba á la sociedad civil y política? Sucede lo mismo con el cristianismo; su libro fundamental, el Evangelio, es explicado, interpretado por las epístolas; las epístolas por los Padres de la Iglesia, por los Concilios, por la Iglesia, por los Doctores, por la Reforma que reanima al mismo catolicismo; y esa pulsación interior, ese gran corazón de Cristo que no cesa de latir, difunde una vida siempre nueva en el cuerpo social.

Pero en el islamismo no ocurre nada parecido. La tradición religiosa permanece invariable: está íntegra, desde su origen, en las páginas del Corán. Luchas, angustias, esperanzas de las generaciones nuevas, todo pasa sin añadir una palabra á la Revelación. Las generaciones se suceden inútilmente unas para otras, puesto

que la experiencia religiosa queda perdida; las oraciones de los siglos no se acumulan á otras oraciones; ningún profeta es esperado. Por la energía nativa de su dogma, la civilización oriental brota espontáneamente en una inspiración lírica, en una oda, en un himno del profeta, desde las fronteras de la India hasta las de Francia. Pero agotada la fuente del islamismo, sus consecuencias sociales cesan pronto. Todo lo que ha podido hacer ha sido guardar las posiciones conquistadas. Hoy esa sociedad inmóvil patentiza el destino de un dogma que no ha recibido ninguna idea hace doce siglos. ¿Cómo volver la vida á ese dogma exhausto bajo la arena? Algunos anuncian la venida de un Lutero musulmán. ¿Se ha pensado bien en ello? ¿Puede el Oriente rejuvenecerse por sí mismo? ¿Qué reformaría el protestantismo musulmán? ¿La Iglesia? No hay Iglesia. ¿La gerarquía? No hay gerarquía. ¿La tradición sacerdotal? No hay tradición del clero. ¿En dónde está la Roma del Islamismo? ¿Es la Meca ó Medina? Veo en Medina la tumba del profeta, pero no veo el Vaticano. Es tal, pues, la condición de esa religión, que al primer golpe de vista parece no poder desenvolverse sin dejar de ser lo que es, ni reformarse profundamente sin desaparecer; la grandeza de Mahoma es haber usurpado y devorado anticipadamente todas las revoluciones del porvenir bajo el punto de vista árabe.

Por otra parte ¿quién llevará á Oriente el

principio de la vida nueva de Occidente? ¿Quién nos reconciliará con la mitad del mundo civilizado? ¿Será la Iglesia romana quien termine la guerra entre el Evangelio y el Corán? ¿Serán los hombres de la Edad-media? ¿Si al ménos viviesen todavía! Pero ¿porqué hemos de esperar que nuestro clero, sin inspirarse en un nuevo espíritu, haga hoy lo que no puedo cumplir en el apogeo de la fé de las cruzadas? El milagro de la toga de Trévesis hará lo que no consumó el milagro de la voz de San Bernardo? Roma misma no cree llegar á ser señora de la Meca, y sin embargo, urge que la alianza se renueve; la tierra y el cielo trabajan para conseguirlo.

Explíquese porqué la opinion ha mantenido á Francia en Argelia, apesar de todas las voluntades contrarias. ¿Quién puede decir si esto es casualidad ó más bien presentimiento? ¿Porqué tanta paciencia en no recóger hasta el presente sino sudores y sangre? ¿Hay al fin de esta mision otra cosa que arena? Conquista extraña que llama poco á poco, pero incesantemente, al conquistador al fondo del desierto. Puesto que un instinto secreto la lleva á él, que Francia prosiga sin temor en su conquista de arena en esos desiertos en que Moisés, Cristo, Mahoma encontraron por tres veces la vida del Universo. Quizás tambien ella verá surgir alguna enseñanza eterna de la hendidura de las rocas. Quién jurará que no halle al fin alguna gran ley escrita en las piedras de un nuevo Sinai? Un pueblo pro-

feta que va delante de los demás á la fuente de toda inspiracion religiosa y social, hé aquí lo que vemos. No hace Francia mas que aparecer en el pórtico de las mezquitas, y ya se explica el enigma de esa tradicion popular árabe que quiere que Cristo transfigurado sea el último Califa del Islamismo.